

ATENEO DE MADRID

NATURALEZA Y ESTADO ACTUAL

DE LA

ECONOMÍA POLÍTICA

POR

CRISTÓBAL BOTELLA

Secretario primero
de la Sección de Ciencias Morales y Políticas

MADRID

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13.-Teléfono 651.

1889

NATURALEZA Y ESTADO ACTUAL

DE LA

ECONOMÍA POLÍTICA

NATURALEZA Y ESTADO ACTUAL

DE LA

ECONOMÍA POLÍTICA

DISCURSO

LEÍDO EN EL

ATENE O D E M A D R I D

CON MOTIVO DE LA

APERTURA DE LA SECCIÓN DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

POR EL SECRETARIO PRIMERO DE LA MISMA

DON CRISTÓBAL BOTELLA

Curso de 1888 á 1889

MADRID

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR

Miguel Servet, 13.-Teléfono 651.

1889

AL EXCMO. SEÑOR

Don Alejandro Pidal y Mon

*Presidente de la Sección de Ciencias Morales y Políticas
del Ateneo de Madrid.*

EL AUTOR

NATURALEZA Y ESTADO ACTUAL DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

I

Corría la segunda mitad del siglo XVIII—como que era por los años de 1750—cuando dos hombres, por muchos títulos ilustres, observando la naturaleza misma de las cosas, descubrieron las leyes fundamentales de la ciencia económica. Quesnay y Gournay llegaron por caminos distintos á un mismo punto, realizando con desusado acierto esta empresa admirable. Quesnay, aquel genio vigoroso, á quien Luis XV llamaba *su pensador*, habituado al estudio de la fisiología del cuerpo humano, sintió vehementes deseos, anhelo inagotable, de constituir, por modo completo y definitivo, la fisiología del cuerpo social, una vez que hubo contemplado la postración en que yacían, rayana á la muerte, los Estados de su tiempo. Gournay, el comerciante ilustre que inauguró sus trabajos mercantiles en puertos españoles, impulsado por móviles idénticos, después de contrastar en la práctica las teorías aprendidas en los libros, puso al servicio de esa obra colosal las energías de su poderosa inteligencia y los alientos de su voluntad inquebrantable. Los desvelos, las meditaciones, los esfuerzos de ambos,

fueron, siguiendo diversos derroteros, á converger en una afirmación categórica, y por eso Quesnay y Gournay, movidos por misteriosa atracción, se unieron en alianza íntima y estrecha, y juntos desentrañaron la esencia, las bases de la ciencia novísima, y juntos también proclamaron la máxima eterna, que sirve de lema en los días de propaganda, y de mote en las horas de combate, á la economía política. Al frente de famosa secta, dirigiendo los pasos de varones insignes, que llevaron, por antonomasia, el nombre de economistas durante los últimos años de la pasada centuria y los primeros del siglo corriente; encauzando los movimientos de esos mismos á quienes ahora se designa con el neologismo de fisiócratas, Quesnay y Gournay levantaron los cimientos inmutables de la ciencia económica. La crítica imparcial olvida y disculpa sus yerros; perdona el espíritu absorbente con que pretendieron, como lo pretenden hoy muchos, ensanchar desmesuradamente las fronteras de la nueva disciplina, y no tiene en cuenta el exclusivismo con que señalaron la tierra como única fuente de riqueza, exclusivismo que significó una reacción, una protesta, contra otro más funesto, el de la escuela mercantil, y que, al fin y á la postre, constituyó, más que un error, una verdad incompleta; la crítica científica olvida todo esto, dispuesta á afirmar, sin ambages ni, rodeos, que los fisiócratas dieron vida independiente á la economía, sistematizándola por vez primera, y que ellos la sacaron del confuso y revuelto torbellino de los trabajos enciclopédicos, sancionando su autonomía y proclamando la existencia de las llamadas leyes naturales, para destruir, mediante el principio de libertad, las trabas y los ergotismos del régimen antiguo.

Un siglo de vida cuenta la economía política; un siglo de batallas perdurables y de contiendas apasionadas.

Vivió siempre en medio de agitaciones pavorosas, resistiendo los ataques de sus enemigos implacables, y luchando sin tregua ni descanso para alcanzar su total desarrollo y conquistar todos sus progresos. Al calor del combate apareció en el mundo del pensamiento el mayor de los economistas santificando el trabajo y rectificando los errores capitales de la *fisiocracia*, de aquel sistema que terminó su misión científica al escribir Adan Smith su libro inmortal, y que perdió su influencia decisiva en el campo de la realidad el mismo año en que esa obra se publicó, el día mismo en que descendió de las alturas del poder el célebre Turgot, el único ministro capaz de salvar el trono de Luis XVI. En días de ardientes disputas desenvolvió sus grandes ideales la escuela industrial, completando Juan Bautista Say las doctrinas del maestro, para fijar los límites definitivos de la economía; formulando Malthus sus profecías fatídicas, que pusieron espanto en los espíritus más serenos y tranquilos, y exponiendo Ricardo sus principios sobre la renta de la tierra. En horas de grandes agitaciones se formaron la escuela crítica, dirigida por Sismondi, enérgico censor de los llamados abusos de las doctrinas *smithianas*; y la escuela cristiana ó filantrópica, alentada por Albán de Villeneuve, apologista entusiasta del trabajo y de la caridad; y la escuela ecléctica, constituida por Storch, platónico trovador de contradicciones y antinomias; y la escuela individualista, inspirada por Bastiat, cantor enamorado de las grandes síntesis y de las armonías sublimes; y la escuela espiritualista, engendrada por Baudrillart, verdadero idealista, capaz de levantar sobre la realidad sensible los conceptos más vulgares...; es decir, las escuelas, las sectas y los sistemas que han elaborado el progreso de la ciencia económica. Los economistas tuvieron que vencer siempre obstáculos y di-

ficultades, y la economía vivió constantemente entre prevenciones y desconfianzas.

Esa guerra titánica, verdaderamente gigantesca, llega á los tiempos contemporáneos, al momento presente, en el cual luchan, contra la ciencia de Quesnay y de Smith, aun con mayor empeño que otras veces, sus adversarios declarados, y, sobre todo, sus enemigos vergonzantes, los que despiertan en la memoria á todas horas el recuerdo de aquel tipo característico del arbitrista de los siglos XVI, XVII y XVIII, de aquella figura antipática, donosamente trazada por Cervantes en la conversación curiosísima de Cipión y Berganza, de sus dos perros parleros, acerca de los diversos oficios humanos.

Siguiendo la Sección de Ciencias Morales y Políticas la costumbre de traer á sus debates, en esta hora solemne, aquellos temas y asuntos que más preocupan el pensamiento, y atenta sin duda al estruendo que producen esas controversias palpitantes, ha escogido, con plausible oportunidad para discutir las en el curso presente, las cuestiones que forman el contenido del problema económico, engendrado al calor de tantas contiendas.

Contando, desde luego, con la benevolencia del Ateneo, plantearé modestamente los términos generales de la discusión disertando sobre la Naturaleza y el estado actual de la economía política.

II

La nueva ciencia llegó al mundo en momento oportuno: su aparición coincidió con la grandiosa evolución del siglo XVIII. Muertas las conquistas realizadas en la edad media, imperaban por completo los errores paganos sobre el poder real, restaurados por el protestantismo, que torció el curso de la civilización, resucitando el despotismo antiguo de los Césares romanos. Hallábase el absolutismo en su apogeo. Al mismo tiempo las gentes se hacían lenguas de los éxitos conquistados por Inglaterra, que había reconstruido, con la vida de sus parlamentos gloriosos, la tradición de sus legendarias libertades; en todas partes se presentía el grito de independencia que más tarde resonaría en el Norte de América, y se oían ya los rugidos implacables de la revolución francesa. Los criminalistas de Italia, los moralistas de Inglaterra, los filósofos de Alemania, los enciclopedistas de Francia y los regalistas de España, se apercebían á la lucha contra el régimen antiguo, dispuestos á levantar los cimientos de la sociedad moderna. La guerra era inevitable: apenas podían detenerla breves instantes bajo férreas armaduras las manos débiles y torpes de una tiranía ruinosa.

En medio de aquella sociedad de recelos y descon-

fianzas, dominada por toda clase de absolutismos, se desarrolló el más terrible que ha conocido la humanidad, el absolutismo económico, preconizado por el sistema mercantil. Este fué el primer enemigo con quien tuvo que luchar la economía, ó, para decirlo con mayor exactitud, á fin de luchar con este enemigo, nació la ciencia económica.

Errores muy antiguos, estudios equivocados acerca de la cuestión monetaria y del comercio exterior, más propios de hacendistas y de hombres de Estado que de verdaderos economistas, dieron origen á ese sistema mercantil, que logró vida exuberante con las doctrinas de Colbert.

Las exageraciones absurdas del absolutismo económico campaban por su respeto en el mundo entero, con una sola excepción, la de Holanda, que había realizado grandes adelantos implantando en ese orden. especial y determinado ideas esencialmente liberales. Aquella sociedad hallábase sometida al privilegio, á la servidumbre, á las manos muertas y al monopolio cooperativo de las industrias. Las ciudades anseáticas fundaban su prosperidad en el monopolio del comercio y de la navegación; las repúblicas italianas practicaban el sistema represivo y usaban las represalias mercantiles; Francia guardaba en su historia el recuerdo de las Capitulares de Carlomagno, de las Ordenanzas de San Luis, del reinado de Felipe el Hermoso y de la política del ministro de Luis XIV; Inglaterra oprimía la agricultura, encerraba su comercio exterior en el puerto de Calais y sellaba sus ideales con el Acta de navegación, y España llevaba á la más funesta y peligrosa de las exageraciones las enseñanzas de Ustáriz.

Como protesta contra aquel absolutismo económico, como reacción contra los yerros del sistema mercantil,

aparecieron los fundadores de la economía, poniendo especial empeño en desentrañar las leyes que rigen los fenómenos sociales tocantes al orden de la riqueza. Esta ciencia proclamó el principio de absoluta libertad y sostuvo que al amparo de ese principio se cumple la labor histórica con perfecta armonía; crecen extraordinariamente las riquezas, se organiza el trabajo en colaboración universal bajo la propia determinación de los individuos, y se distribuyen sus frutos por medio de leyes invisibles, pero poderosas y racionales, que responden á los principios de la más estricta justicia. Todas las trabas y ligaduras que comprimían y estorbaban el libre movimiento de la actividad individual en el orden económico, y que levantaban barrera infranqueable al progreso de los pueblos, fueron blanco de los acerbos ataques de aquella ciencia novísima, que pregonó, como dogma soberano, el principio de libertad. El régimen antiguo había engendrado un problema social, constituido por una serie infinita de negaciones, y por eso los trabajos de los reformadores se dirigieron á un fin determinado, á remover obstáculos, á destruir privilegios y á reparar injusticias. Imperaban en el derecho privado los absurdos sancionados por el feudalismo, y en el derecho público los errores proclamados por las monarquías patrimoniales y absolutas. A esos principios se opusieron, en el orden público, el de libertad, y en el orden privado, el de igualdad.

La lucha fué formidable; pero pronto venció la economía política á este su primer enemigo. En muchos pueblos conquistó grandes triunfos, ganando la voluntad de los poderosos. Por este camino empezó á realizar su obra de progreso, amparada por el gran duque Leopoldo de Toscana, por el emperador José II de Austria, por Gustavo III de Suecia, por el rey Augusto de Polo-

nia, por Catalina de Rusia, por Carlos III de España, y por ministros eminentes de Portugal y de la Gran Bretaña. Pero el absolutismo económico era hermano de todos los demás absolutismos; engranaba, como elemento principalísimo, dentro del total organismo del régimen antiguo, y no perdió el último aliento hasta que éste cayó rendido á la fatiga, maltrecho y destrozado. Por eso la victoria definitiva de la secta de los economistas sobre los partidarios del sistema mercantil coincidió con la revolución francesa.

Pero la revolución francesa, esa misma revolución que arrancó la existencia al primer enemigo de la economía política, prestó, con la savia perniciosa de sus doctrinas, nuevas energías á otro más formidable: al socialismo.

La filosofía del siglo XVIII, precursora de los grandes acontecimientos que se inauguraron en 1789, manifestó con perfecta claridad dos tendencias, que luego sostuvieron lucha cruenta y funestísima, en medio de las agitaciones revolucionarias. Los filósofos franceses formaron dos escuelas: una partidaria de la libertad, otra defensora de la igualdad. Montesquieu fué el representante legítimo de la primera, y combatió, con las brillantísimas luces de su inteligencia, los errores de la última, principalmente los que estriban en la confusión del principio de libertad con el principio de soberanía, y dan origen al despotismo y á los absurdos socialistas. Rousseau fué el inspirador entusiasta de la segunda. Vivió enamorado de la libertad, cantando, en su honor, himnos elocuentes, pero destruyéndola, inconscientemente, con sus trabajos y sus doctrinas. El *Contrato social* es la obra más enérgica que se ha escrito contra ese hermoso principio. La igualdad absoluta, la igualdad matemática, la igualdad de condiciones, éste fué el ideal

de Rousseau, que confundió siempre la idea de la libertad con la idea de la soberanía. Por eso quiso hacer soberanos á los hombres y atacó rudamente á la aristocracia; y cuando comprendió que la propiedad sería, al fin y á la postre, el único origen de todas las desigualdades, la combatió con palabras famosas, que jamás olvidará la historia.

Estas dos escuelas, con sus respectivas tendencias, lucharon por conquistar el predominio sobre los revolucionarios; la primera alentada por los constituyentes, y la segunda sostenida por Robespierre. El sentido general de la revolución fué favorable, por completo y en absoluto, á la última, que proclamó, como principio supremo, el principio de igualdad.

La mayoría de los historiadores están conformes en estos juicios. El fecundo escritor Pablo Janet publicó, no hace muchos años, en 1875, una obra muy interesante sobre la *Filosofía de la revolución francesa*, en la cual reunió, con admirable acierto, las opiniones de alguna importancia emitidas por las distintas escuelas políticas acerca del sentido, alcance y consecuencias beneficiosas ó perjudiciales de aquel hecho transcendental. Al frente de aquellos que sostienen que la revolución francesa sacrificó el elemento germánico al elemento gálico, ó, lo que es lo mismo, la libertad á la igualdad, el principio individualista al principio del Estado, marchan dos hombres que nunca estuvieron de acuerdo, y que caminan unidos, en esta cuestión, por extraña y sorprendente coincidencia: Maistre, el célebre autor de *El Papa*, y Renán, el famoso autor de la *Vida de Jesús*. Burke, con la escuela histórica, señala la tendencia niveladora como nota característica de esa revolución, y en el mismo sentido se expresa Saint-Martin, con la escuela mística. También censuran esa tendencia niveladora Michelet,

Quinet y todos los republicanos *antijacobinos*, Young, Lavergne y la mayoría de los economistas, y, sobre todo, los críticos franceses, personificados por Tocqueville, Montegut y Courcelle-Seneuil, y los críticos alemanes, representados por Sybel. Los únicos que no censuran esas exageraciones en favor del principio de igualdad y en perjuicio del principio de libertad son los apologistas de la revolución, como Mme. Stael, y, sobre todo, como Thiers y Mignet, que, excitados por los ataques de los realistas, justificaron y aun glorificaron ese movimiento, defendiéndolo hasta en sus momentos más terribles; y algunos otros autores, como Fichte, como Buchez y como Blanc, que, por la exageración de sus ideas, ó por la época en que escribieron, no supieron apartarse de ciertas preocupaciones de escuela. Pocas obras acerca de esta materia, anteriores al año de 1875, dejó por examinar Janet en su libro, y realmente, ninguna de verdadero interés, si se exceptúan los dos tomos que á este asunto dedicó Laurent en sus *Estudios sobre la historia de la humanidad*, en los cuales puso de relieve, con profundo sentido filosófico y perfecto conocimiento histórico, la tendencia que dominó en la revolución, perjudicial para la libertad y favorable para el socialismo. De los trabajos posteriores al libro de Janet, es el más notable el de Taine, acerca de *Los orígenes de la Francia contemporánea*, y de su interesante lectura se deduce que su autor forma en las filas de los que piensan que, con la revolución francesa, triunfó, sobre todas las ideas, la idea de igualdad.

Aquellos grandes movimientos dieron nueva vida á las doctrinas socialistas, que se agitaban en la atmósfera y palpitaban en los ideales y en las predicaciones de los revolucionarios; el renacimiento del socialismo constituyó la última consecuencia de la revolución francesa.

No tardaron en producir tales doctrinas consecuencias lógicas y naturales. El socialismo utópico, que durante muchos siglos soñó con repúblicas imaginarias, había caído en desuso por completo. La *Utopia*, de Tomás Moro, el comunista que tomó parte activa en las luchas religiosas de los tiempos de Enrique VIII; la *Ciudad del Sol*, de Campanella, aquel monje italiano cuyas rebeldías escandalizaron á la cristiandad; la *Océana*, de Harrington, el político inglés que ejerció más influencia en la época revolucionaria; la *República*, de Juan Bodín, el precursor de Montesquieu é iniciador de las doctrinas constitucionales; el *Código de la naturaleza*, de Morelly, atribuído, por algunos críticos, durante mucho tiempo, á Diderot, y las demás obras extravagantes de los utopistas, inspiradas por los libros de Platón, escritas todas sobre una misma traza, dormían tranquilas el sueño de los muertos en archivos y bibliotecas, en los estantes destinados á las curiosidades bibliográficas. El socialismo, alentado por el sentido, por las tendencias y por las doctrinas de la revolución, cambió de rumbo, olvidando por completo esos sueños, esas repúblicas imaginarias, esas fantasías románticas, para emprender caminos prácticos, para llevar á la realidad las novelas de Moro y Campanella. Las célebres conspiraciones de Babeuf y sus discípulos inauguraron los trabajos del socialismo radical, que más tarde se manifestó en distintos sistemas, constituyendo escuelas y partidos diversos, al frente de los cuales figuraron Roberto Owen, Saint-Simón, Carlos Fourier, Cabet, Pedro Leroux, Proudhón y Luis Blanc. Todos revelaron las mismas aspiraciones. Afirmaron que los desastres sociales eran resultado de la miseria, que, á su vez, nacía de la concurrencia, la cual tomaba origen en el individualismo, engendro monstruoso de la economía política. Por medio de esta serie

de deducciones llegaron á demostrar que las ideas de los economistas formaban la causa determinante de todos los males que rodean, como triste cortejo, á la humanidad. El remedio para estos males lo encontraron en las ideas socialistas, ó mejor dicho en una organización social por esas ideas establecida. La mayoría de los utopistas anteriores á la revolución francesa pretendieron convertir al mundo en una isla fantástica: los socialistas radicales quisieron encerrar á la humanidad en grandes talleres, regidos por leyes armónicas, capaces de reglamentar, hasta en los más pequeños detalles, los fenómenos de la producción, circulación y distribución de la riqueza, así como todas las manifestaciones de la vida.

Las organizaciones imaginadas por tales socialistas fueron ensayadas en la práctica, y todas, absolutamente todas, fracasaron, después de producir grandes catástrofes. El único sistema que no salió de la esfera del pensamiento fué el de Pedro Leroux, sin duda porque las invenciones *coprológicas* de este pensador extravagante son irrealizables.

Pronto sucumbieron estos enemigos acérrimos de la economía política, avasallados por sus propios yerros. El socialismo radical nació con Juan Jacobo Rousseau y murió con Luis Blanc. A la revolución de 1789 siguió el directorio, el consulado y el imperio del primero de los Napoleones. Después de éste ocuparon el trono Luis XVIII, Carlos X y Luis Felipe, el rey de los franceses. La revolución no puso remedio á las tristezas de la clase obrera, y tampoco mejoraron su suerte ni el emperador ni los reyes. La monarquía de Luis Felipe fué, según el pueblo, *la monarquía del estado llano*. Por eso los socialistas aprovecharon los acontecimientos políticos de 1848, é hicieron suya la revolución de Febrero. Blanc ocupó, á nombre de éstos, un puesto en el gobierno provisional, y obtuvo de

los demás ministros plenos poderes para organizar el trabajo según sus ideas, á fin de mejorar la situación de la clase obrera. Entonces fracasó su sistema en la práctica. La garantía del trabajo por parte del Estado hizo necesario el mantenimiento de una legión de hombres sin pan y sin ocupación, y dió por resultado la creación de los *talleres nacionales*, que consumieron muchos millones sin producir utilidad alguna. La Asamblea nacional se vió obligada á revocar esas reformas por considerarlas ruinosas y perjudiciales. Entonces los socialistas intentaron, sin éxito, una nueva revolución que ocasionó las horribles hecatombes de Junio. La Asamblea venció por fin á los revolucionarios, después de cuatro días de lucha bárbara y salvaje, y con esta última derrota sucumbió para siempre el socialismo radical.

III

Todo hizo sospechar, al inaugurarse la segunda mitad de nuestro siglo, que había llegado para los individualistas, para las doctrinas de la economía, la plenitud de los tiempos, por lo menos en la esfera científica y en las regiones del pensamiento. No quedaban en pie restos del majestuoso edificio levantado por el régimen antiguo, y, según las palabras de Dameth, se había hecho tabla rasa del socialismo, desapareciendo las sectas que lo sostenían. No tardaron, sin embargo, en aparecer de nuevo, inspirando á escuelas científicas y sirviendo de flamante lema á partidos políticos importantes, esas mismas ideas que iban de vencida en la ciencia y aun en la opinión de las clases ilustradas. Y precisamente los errores entonces restaurados son los que se han desenvuelto durante los últimos cincuenta años, adquiriendo nueva vida: son aquellos que se presentan potentes en los momentos actuales, pretendiendo sojuzgar á la economía política.

Cuando el triunfo de esta ciencia fué incontestable, algunos espíritus, de suyo fáciles al sentimiento y á la pasión, anunciaron que sus principios, á la manera de panacea universal, curarían todas las enfermedades sociales, pondrían remedio á los problemas más pavorosos, y hasta resolverían las crisis tremendas ocasionadas

por la miseria. Los resultados no correspondieron por entero á esas risueñas ilusiones. Los principios de la economía rectificaron errores, modificaron instituciones, destruyeron privilegios, pero no dieron cuenta de todas las enfermedades sociales, porque no disponían de fuerzas sobrehumanas para realizar empresas tan gigantescas. Entonces, esos mismos espíritus impresionables, esos mismos optimistas, auxiliados por los adversarios de la ciencia novísima que andaban por el mundo, como el pueblo judío, errantes y dispersos, llorando desastres y fracasos, levantaron en todas partes sordo y creciente clamoreo contra la ley que fija el valor y el precio y sirve de base al cambio; contra la libertad comercial; contra la libertad del trabajo, de la agricultura y de la industria; contra la libre concurrencia.....; en suma, contra los conceptos fundamentales proclamados por Quesnay y Smith. El clamoreo se hizo público, se extendió rápidamente y se convirtió sin tardanza en crítica severa, que juntó á todos los enemigos de la nueva ciencia. Pronto sucedió á la crítica la afirmación de otras doctrinas, y los vencidos recobraron fuerzas, se presentaron animados por grandes energías y dispuestos á mantener ruda contienda en todas partes, con toda clase de armas y á todas horas.

Este movimiento contemporáneo nació en Alemania, y en Alemania, principalmente, ha conseguido el desarrollo que hoy alcanza. Boccardo, de acuerdo en este punto con Ahrens, afirma categóricamente que esa tendencia está inspirada en el racionalismo iniciado por Kant y en el panteísmo desenvuelto por Hegel, y cita á Fichte, Feuerbach, Stirner, Struve, Weitling, Fróbel y á otros filósofos como representantes del socialismo germano, á los cuales atribuye el origen de las demás formas socialistas posteriores. Ese hecho tiene explicación

más clara y sencilla. En la época á que me refiero, las instituciones del antiguo régimen habían desaparecido en gran parte; pero su espíritu y su influencia dominaban todavía en los estados alemanes. Los artesanos vivían contenidos por los gremios. La industria no había alcanzado el desarrollo extraordinario á que estaba destinada. Los colonos guardaban á sus señores absoluta y completa sumisión. El proletariado moderno era desconocido. Las clases trabajadoras ni soñaban con el derecho al sufragio, ni aspiraban á influir, por modo directo, en el desenvolvimiento de la política. El obrero francés alimentaba constantemente su imaginación con los recuerdos de la revolución de 1789. El obrero alemán no podía recordar ni la igualdad de condiciones, basada en la propiedad colectiva de la primitiva Germania, ni los movimientos, favorables á la libertad, verificados por los campesinos en el siglo XVI. Aun sentía el peso de la tiranía que cayó sobre Alemania después de la guerra de los treinta años, y desconocía las espléndidas promesas de la vida moderna. Por eso encontró allí siempre grandes dificultades y resistencias la ciencia que proclama, como principio fundamental, el principio de libertad; por eso en los Estados alemanes, hasta los mismos *smithianos*, como Rau, colocan la economía entre los estudios que tienen por objeto el Estado, y conceden mayor importancia á los hechos que á los principios científicos.

Realmente, inauguró estos nuevos trabajos contra la economía política el definidor, el verdadero progenitor del proteccionismo contemporáneo, Federico List. En los momentos mismos en que la liga fundada por Cobden en Manchester emprendía su activa y vigorosa propaganda en favor de las doctrinas ortodoxas y clásicas de la economía política, en defensa de la libertad comer-

cial, constreñida por una famosa ley de cereales, List publicaba en Alemania su *Sistema nacional de economía política*. Diez años después, en 1851, cuando la liga inglesa, auxiliada por Roberto Peel, había alcanzado ya su triunfo definitivo, Richelot traducía al francés el libro del economista alemán, para ensanchar de este modo el dominio de sus ideas.

Desde aquel mismo instante, la economía política tuvo que luchar con el llamado sistema protector. La inteligencia clarísima, el talento vigoroso de Federico List tomó razón, sin gran esfuerzo, de las circunstancias especialísimas en que se hallaban las doctrinas que se proponía defender, después de los reiterados éxitos alcanzados por la ciencia económica. Comprendió, desde luego, que rayaba en lo imposible el intento de reconstruir la escuela de Colbert, que no en balde experiencias de trístima recordación pregonaban sus desastres, y acudió por eso á los eternos distingos, propios de todos los eclecticismos, proclamando al mismo tiempo como ideales los principios de la economía política, y como soluciones prácticas los absurdos del sistema mercantil. Reconociendo la existencia de un concepto científico superior, capaz de explicar las leyes generales á que obedecen, en su total desenvolvimiento, los fenómenos económicos, concepto universal ó cosmopolita, afirmó que esos mismos fenómenos demandan un estudio particular; y componiendo á su gusto y antojo teorías sobre la nacionalidad, sobre las fuerzas productivas y sobre la división del trabajo, estableció los fundamentos de su célebre sistema nacional de economía política. Federico List no gastó en balde los frutos sabrosísimos de su excelente ingenio. Consiguió todo lo que podía conseguir: envolvió en formas científicas, dió nuevos alientos y vida nueva á errores destrozados por el descrédito. Pero su sis-

tema resultó hijo legítimo y heredero universal del sistema mercantil.

A la par que Federico List preparaba el renacimiento de las ideas proteccionistas, otros escritores alemanes, como Weitling, Michael y Engels, y sobre todo este último pintando con negros colores la *Situación de las clases obreras de Inglaterra*, facilitaban el camino á la restauración socialista. Pocos años después surgían los verdaderos definidores del socialismo contemporáneo: Marlo, Rodbertus y Marx, el mayor de los socialistas de nuestro siglo. Los *Estudios sobre la organización del trabajo*, del primero; las cartas del segundo, reimpresas hace poco tiempo, bajo el título de *Esclarecimientos concernientes á la cuestión social*, y principalmente los trabajos del último, resumidos y compendiados en su célebre estudio acerca de *El capital*, ponen de relieve los fundamentos, las bases que sirven de punto de partida á todo el socialismo contemporáneo. El primer trabajo de estos escritores, y muy especialmente de Carlos Marx, fué puramente crítico. Para ellos, el movimiento rico, espléndido y grandioso que se deriva en el orden material de los principios inspirados por la ciencia económica, no es más que la guerra universal, la cual ha engendrado el antagonismo, y el caos, y la ruina del mayor número en provecho de unos pocos, los más audaces, los más hábiles, cuando no los más codiciosos é inmorales. Y con ese gran cúmulo de riquezas, dice ese mismo socialismo, creadas por el trabajo humano, los capitalistas han explotado indignamente á los obreros, sucediendo que con ser éstos los verdaderos y únicos agentes y autores de aquéllas, han estado siempre y continúan en la más espantosa miseria.

De estos hechos dedujeron los definidores del socialismo todas las censuras formuladas contra los principios de la economía política. No manifestaron con igual

precisión ni con tanta claridad la parte positiva, las afirmaciones de su sistema. Sin embargo, por sus negaciones fácilmente se descubre lo que afirmaron, y, sin gran esfuerzo, se comprende que proclaman la conveniencia de establecer la vida económica según leyes artificiales, cuando rechazan la existencia de las leyes naturales, y que pretenden que todos los fenómenos sociales los impulse y dirija el Estado, y que éste, al mismo tiempo, organice el trabajo, considerándolo como fuente única y exclusiva de la riqueza, para que no sucumba abrumado por los privilegios del capital.

Hé aquí las dos grandes corrientes que nacieron en Alemania al comenzar la segunda mitad del siglo XIX: la corriente proteccionista, determinada por Federico List, y la corriente socialista, definida por Carlos Marx, ambos contrarios, enemigos declarados y resueltos de la disciplina económica. Realmente, los trabajos mencionados dieron la pauta que fielmente han seguido en sus ulteriores desarrollos las dos escuelas. Ni los proteccionistas, ni los socialistas han progresado con el andar de los tiempos: repiten hoy lo que han repetido durante cincuenta años, las ideas de Federico List y las ideas de Carlos Marx, doctrinas muy semejantes á las que proclamaban en la centuria pasada los devotos partidarios del sistema mercantil y los defensores entusiastas del socialismo radical. Esa constancia, si fuera favorable á la verdad científica, representaría una virtud; en el caso presente, por ser la persistencia en el error, constituye una obstinación funesta.

Los amigos de la protección, los adversarios del libre cambio, afirman que hoy la ciencia económica tiene otros fundamentos y sigue otros derroteros, y aseguran que las bases de sus doctrinas no son aquellas que formuló Federico List. A la vez sostienen que la reacción

científica en favor del proteccionismo es evidente en Alemania, en Italia, en Francia, y hasta en Inglaterra, y para mantener esto último citan, como prueba concluyente, el conocido libro de Stuart Mill y los *Principios de economía política*, publicados en 1882 por el inglés Enrique Sidgwick, los cuales, dicen, hacen ya plena y completa justicia á las antiguas doctrinas de la economía política. Pues bien: tanto Sidgwick como Stuart Mill profesan plena y completamente las antiguas doctrinas de la economía política; y aunque es cierto que admiten que en casos muy especiales, por muy poco tiempo y con fines más políticos que económicos, se puede conceder una excepcional y siempre moderada protección arancelaria á alguna industria, en esta idea no hay ninguna novedad, ni ella constituye indicio para estimar que exista en Inglaterra un movimiento científico hacia el proteccionismo, pues esa misma idea, esa excepción, se halla consignada nada menos que en el libro cuarto de la obra de Adan Smith.

Por otra parte, semejante afirmación, referente á la existencia de tales reacciones, hecha por los que piensan que el libre cambio no encuentra, á la hora presente, otra defensa que la de aquellos economistas educados en las enseñanzas de la secta de Manchester ó en los principios de lo que suele llamarse el *smithianismo* se refuta sin gran dificultad, recordando cómo los principios que son propios y característicos de esa doctrina los aceptan filósofos y políticos pertenecientes á escuelas bien diferentes y hasta opuestas á las de Adan Smith y Ricardo Cobden. Entre los que se hallan en este caso, puedo citar, por ser los más señalados, al católico Metz-Noblat, ilustre profesor de la Universidad de Nancy; al famoso positivista Spencer; á Laveleye, socialista de cátedra declarado, sobre todo después de la última edición

publicada hace pocos meses de su libro *El socialismo contemporáneo*; al que fué eminente jefe del partido conservador italiano, Minghetti, y al célebre *colectivista* Henry George, los cuales, perteneciendo á diversas escuelas, coinciden en los principios fundamentales de la teoría económica del libre cambio. Henry George merece especial mención. Ardiente y entusiasta socialista, director de las principales asociaciones de obreros fundadas en el Norte de América, enemigo de muchas doctrinas económicas, ha publicado hace poco tiempo un libro notable, intitulado *Protección ó libre cambio*, en el cual combate, á nombre de la clase obrera, la primera de esas dos doctrinas. George ha organizado en los Estados Unidos un partido libre cambista que ha luchado, con la bandera y los principios de esta escuela, en la última elección presidencial. El movimiento de reacción á que se refieren los proteccionistas no responde á ningún descubrimiento científico; obedece, allí donde tiene realidad, á intereses muy diversos, que ni en poco ni en mucho toman en cuenta los consejos ó las advertencias de la ciencia. Los proteccionistas, desde que Federico List publicó en 1841 su *Sistema nacional de economía política*, no han hecho otra cosa que repetir las ideas y hasta las palabras de este libro. Los que ahora defienden la protección, afirman lo mismo que afirmaba hace cuarenta años el maestro de la escuela: admiten, como éste, dos ciencias económicas, una universal, cosmopolita, y otra particular, distinta en cada una de las nacionalidades, y como éste, exponen el concepto de nación, establecen la distinción entre fuerzas productivas y productos, y sostienen que la fuerza productiva total de un pueblo, más que de la abundancia de éstos, depende de la variedad de aquéllas. Solo se apartan de List algunas veces para retroceder hasta la teoría del *mercado reservado*, ó sea á

la doctrina antigua de las prohibiciones y de la *protección por proteger*, que ellos mismos califican de *protección irracional*. No presentan, pues, los proteccionistas doctrinas nuevas, ni argumentos más sólidos: persisten en los errores del sistema mercantil, atenuados en la forma por Federico List; es decir, en esos errores cien veces victoriosamente refutados y cien veces repetidos, en los errores que compendió, para combatirlos después, en los trece famosos epígrafes ó proposiciones heréticas de su libro sobre *El libre cambio y la protección* Enrique Fawcet, eminente profesor de economía política de la Universidad de Cambridge.

Tampoco pueden negar su abolengo los socialistas por mucho que en ello se afanen, aunque éstos, justo es confesarlo, ponen menos empeño que los proteccionistas en semejante empresa. Así como Carlos Marx, al negar la individualidad aceptó el error principal de los socialistas radicales, los cuales no habían hecho otra cosa que dar forma práctica á las extravagancias del socialismo utópico, así el socialismo contemporáneo nutre su inteligencia con las ideas proclamadas por los definidores antes mencionados. La crítica severa formulada por Marx contra la economía política dió origen á dos formas socialistas distintas: una que reviste carácter científico, y otra puramente revolucionaria. Ambas nacieron en Alemania, y en Alemania han logrado su mayor crecimiento.

Las obras sobre la historia de los partidos socialistas escritas en los Estados alemanes por Joerg, por Adolfo Wagner, por Scheel, por Reische y por Roscher, y muy especialmente el libro de Laveleye ya citado, y otro muy interesante de un escritor italiano, de Cusumano, acerca de la *Escuela económica de la Germania*, contienen muchas noticias referentes á ese proceso histórico,

á ese desarrollo del socialismo científico contemporáneo.

A los definidores siguieron en la esfera científica los agitadores, personificados por Fernando Lassalle, que durante tres años, desde 1861 á 1864, sostuvo activa propaganda, creando en Alemania el partido democrático socialista. Aceptó la crítica de la economía política y de la actual organización social, formulada por Marx, y, como éste, proclamó la necesidad de dar nueva forma á la vida del trabajo, llevando á manos de la colectividad los instrumentos de la producción para evitar las tiranías del capital; pero afirmó, concretando más sus doctrinas, que un solo camino podía conducir á esos resultados: el camino de la cooperación. Casi al mismo tiempo se constituyó el socialismo conservador, admitiendo como buenas todas esas doctrinas, señalándolas como única solución del problema social, y mostrando sus distintos matices, representados por las tendencias retrógradas de Gerlach, por el espíritu menos pesimista de Huber y de Wagner, á quien no debe confundirse con el eminente maestro de la Universidad de Berlín, y por las ideas de Meyer, que, en definitiva, han triunfado dentro de la escuela, y que son en gran parte las del genuino representante de este socialismo, las de Bismarck. No caminan lejos de los conservadores los que se llaman socialistas cristianos ó evangélicos. Éstos nacieron en fecha muy reciente, y en diferentes ocasiones han vivido unidos con aquéllos. Organizados por el jefe de los *antisemitas*, Stóker, inauguraron sus trabajos, fundando dos asociaciones, encargadas de propagar los ideales del socialismo cristiano: la *Sociedad para la reforma social* y la *Asociación de obreros cristianos*. El pastor evangélico Todt, colaborador asiduo de Stóker, trazó el programa de esta secta, afirmando la necesidad de que la iglesia protestante defendiese las reformas sociales para

salvar las creencias religiosas, evitando que esas reformas fueran patrimonio exclusivo del socialismo democrático. El movimiento socialista católico es anterior á éste iniciado por los protestantes. En 1863, en el Congreso de sabios celebrado en Munich, el ilustre teólogo Döllinger sostuvo la necesidad de que las asociaciones católicas abordasen la cuestión social. Poco tiempo después, un prelado insigne, Ketteler, publicó sobre el mismo tema un libro que llamó poderosamente la atención, intitulado *La cuestión obrera y el cristianismo*. El insigne obispo alemán, uno de los más eminentes de su época, atribuyó todos los males de la sociedad actual á los principios de la ciencia económica, y sostuvo que la solución de tales problemas depende en todo tiempo de la organización del trabajo por medio de la cooperación. Pronto contó Ketteler con el auxilio eficaz y poderoso del clero alemán, que organizó asociaciones de propaganda y celebró asambleas generales, dirigido muchas veces por Moufang, canónigo de la catedral de Maguncia. Con más importancia que todas las anteriores sectas, resumiendo las tendencias análogas que éstas señalan, se presenta la que forman los llamados socialistas de cátedra. Éstos tienen mayores aspiraciones científicas que todos los anteriores, los cuales muchas veces proclamaron ideas socialistas, y de ello nos ofrecen buen ejemplo católicos, protestantes y conservadores para conquistar el afecto y las simpatías de la clase obrera y poder contar con su apoyo eficaz y decisivo en las contiendas políticas y electorales. El socialismo de cátedra, defendido por los maestros más ilustres de las Universidades alemanas, da formas científicas á sus pensamientos, trabaja sin tregua ni descanso para constituir un verdadero sistema, una escuela realista, que así la llamó ya Brentano y la llaman ahora Cusumano y otros autores, que

olvide los principios, que niegue todas las leyes de la economía, que escuche las enseñanzas de los hechos, que siga las trazas marcadas por la escuela histórica, que destruya la obra de la libertad, para levantar sobre sus ruinas una sociedad artificialmente organizada. Al lado mismo de estas sectas que constituyen el socialismo, se desarrollan doctrinas que, sin profesarle abiertamente, antes bien, disfrazándose á la continua con extraños nombres, viven de su sustancia y alientan al calor de sus doctrinas y sentimientos.

Todo ese movimiento científico ha dado mayor desarrollo al socialismo revolucionario, organizado en un principio por el mismo Carlos Marx y por el mismo Fernando Lassalle, que dieron vida con sus trabajos á la famosa Internacional. Á la hora presente, las muchedumbres piden, descompuestas y poseídas de pasión y de vértigo, la liquidación social; es decir, piden que se despoje á las clases poseedoras de los que llaman instrumentos del trabajo, y que, en último término, se supriman esas clases y se den todas las riquezas al cuarto estado, á los obreros, que las han creado; y provocan escenas sangrientas, como las que se han visto no hace mucho tiempo en los países que marchan al frente de las dos grandes civilizaciones europeas, de la civilización anglosajona y de la civilización latina. El socialismo revolucionario, escuchando las advertencias, los consejos y las excitaciones de los socialistas científicos, establece sociedades de resistencia y coaliciones de trabajadores, prepara huelgas y se apercibe para toda clase de combates.

Estos socialistas, los de la ciencia y los de la revolución, todos, á pesar de sus matices, de sus opiniones diversas, de sus mismas monstruosas contradicciones, profesan idéntica doctrina, con Marx y Lassalle anate-

matizan los principios de la economía política, y con Marx y Lassalle también piden la reorganización del trabajo por medio de lo que algunos autores llaman *colectivismo*, neologismo no tan moderno como piensa Leroy-Beaulieu, que al fin y á la postre constituirá lógicamente la denominación común dentro del tecnicismo científico para designar á esta última fase del socialismo histórico.

El sistema protector y los sistemas socialistas resumen y compendian todas las ideas formuladas en la sociedad contemporánea contra la ciencia económica. Y tal empeño toman en vencerla sus enemigos, que para combatirla se confunden, formando abigarrado conjunto, desde los anarquistas hasta los reaccionarios; aquellos que miran con desconfianza á los principios de esta ciencia, juzgando que señalan tendencias peligrosas y que despiertan en el espíritu humano sentimientos que no pueden vivir en armonía con las eternas leves de la moral cristiana, y aquellos otros que, negando toda idea de personalidad, buscan fundamentos metafísicos para sus doctrinas en las concepciones panteístas, ora engendradas por la filosofía pagana, ora desenvueltas por el moderno positivismo.

IV

Los argumentos son los mismos, las aspiraciones son iguales. El sistema protector y los sistemas socialistas coinciden en la crítica que contra la economía política formulan, y aun en sus propias afirmaciones.

Mientras los economistas, partiendo de ciertos principios abstractos, llegan, por el método deductivo, á conclusiones perfectamente demostradas y en todas partes aplicables, los proteccionistas y los socialistas, buscando apoyo en el conocimiento de los hechos pasados y presentes, quieren deducir, por el método inductivo é histórico, soluciones relativas determinadas por las circunstancias de lugar y tiempo. Convencidos los primeros de que el orden natural que preside á los fenómenos físicos debe también gobernar á las sociedades humanas, afirman que, suprimidas todas las trabas artificiales, resultará del libre impulso de las vocaciones la armonía de los intereses, y de la emancipación completa de los individuos la mejor organización social y el bienestar más grande. Piensan, por el contrario, los segundos, que dentro del terreno económico, en la lucha por la existencia y en el conflicto de los egoísmos, el más fuerte aplasta ó explota al más débil, á menos que el Estado, órgano de justicia, no intervenga para atribuir

á cada uno lo que legítimamente le corresponda. Opinan también que el poder público debe contribuir al progreso de la civilización; y, en vez de profesar, con los economistas, la idea de que la libertad basta para poner término á las luchas sociales, pretenden que es indispensable realizar, para conseguir este fin, una serie de reformas inspiradas por sentimientos de equidad y de justicia. Es decir, proteccionistas y socialistas, presentan, enfrente de los principios científicos, que por ser científicos son universales y eternos, enfrente de las verdades demostradas, soluciones transitorias de una economía particular, que cambia y se transforma según las exigencias de esas circunstancias de lugar y tiempo.

Notorio error encierran semejantes pretensiones. O no existen ciencia económica, ni leyes morales, capaces de regir la vida de la sociedad humana, ó yerran los que aspiran á detener la marcha de esa ciencia y el imperio de esas leyes, dispuestos á mejorar, con remedios humanos, la obra de Dios.

No puede convencerles este argumento, pues ellos concluyen siempre la serie infinita de sus negaciones desconociendo la existencia de la ciencia económica.

Dicen que no puede existir ciencia allí donde no hay unanimidad de opiniones sobre el objeto de la misma, ni sobre su naturaleza, ni sobre su método, ni sobre sus límites, y declaran á seguida que no están reconocidos, universalmente, ni los límites, ni el método, ni la naturaleza, ni el objeto de la economía política. Esa crítica, aplicada á cada una de las ciencias que forman la enciclopedia de las llamadas morales y políticas, destruiría por completo y en absoluto todos los organismos científicos. En esta época de grandes contiendas, de dudas y de incertidumbres, ¿puede, por ventura, alguno de esos organismos hacer alarde de su inviolabilidad? ¿puede asegu-

rar que nadie pone en litigio su objeto, ni su naturaleza, ni su método, ni sus límites? Ahora que todo se discute y todo se niega; ahora que las ciencias naturales y las ciencias exactas llevan sus ambiciones hasta los campos mismos de las morales y políticas; ahora que los métodos de observación y de experiencia quieren sustituir á los métodos racionales; ahora que se miden, que se cuentan y que se pesan las bases, los fundamentos de todas las disciplinas; ahora, en fin, que los propagandistas del positivismo pretenden destruir la obra de muchos siglos y de muchos genios para construir sobre sus ruinas una ciencia madre, que toma del tecnicismo de Augusto Comte el nombre de *Sociología*, capaz de resolver los más pavorosos problemas, los más difíciles y sustanciales que se agitan, desde la teodicea al derecho, pasando por la metafísica, la moral y la filosofía; ahora que todo esto ocurre, ¿qué organismo científico puede manifestar títulos más indiscutibles y menos discutidos que los de la economía política?

Existe—¿para qué negarlo?—diversidad de opiniones entre los economistas, sobre puntos importantes, referentes al objeto, á la naturaleza, al método y á los límites de la ciencia. Existen problemas insolubles.... Pero esto sucede en todas las ciencias, y esto sucederá siempre mientras que la humanidad tenga que cumplir la ley del progreso. No es posible impedir, en estudios libres, puramente racionales, que no son ni pueden ser dogmáticos, las rebeldías ni las protestas. Todas las ortodoxias científicas tienen que luchar con sus protestantes, con sus heterodoxos.

Pero, en medio de esas vacilaciones que forman la nota característica de la sociedad contemporánea, la economía política ha logrado, en breve tiempo, en pocos años, determinar sus fundamentos, su base científica,

desarrollar sus líneas generales y asentar sus conceptos más importantes, constituyendo, en definitiva, digan lo que quieran sus detractores, una verdadera ciencia. Por eso tiene principios que, además de verdaderos, son ciertos, los cuales forman las leyes universales que rigen el orden económico en todas las sociedades. Mostradme, si podéis, dice Bernard, un solo punto del globo en que la abundancia produzca la carestía, ó el trabajo extienda la miseria, ó la multiplicación de los capitales cause la ruina del país, ó la división del trabajo encarezca el coste de los productos, y entonces nos veremos obligados á convenir en que no existen semejantes leyes económicas. Hasta tal punto son verdaderas y ciertas, que algunos escritores, en Francia, en Suiza y en Inglaterra, han resuelto problemas de esta ciencia poniéndolos en formas algebraicas. Lo que sucede es que los censores de la economía buscan esa verdadera armonía del orden económico racional, en casos determinados, en los cuales se muestra turbado este concierto por la voluntad torcida ó por la ignorancia de los hombres. La naturaleza de esta ciencia claramente la han señalado economistas ortodoxos al afirmar que su investigación atañe al hombre y á la sociedad, con lo cual han dicho que es, á la vez, antropológica y social. A todas las disputas sobre su objeto, mantenidas en muchas ocasiones por mera cuestión de palabras, ha sobrevivido la declaración terminante de que ella se ocupa en estudiar la producción, la circulación, la distribución y el consumo de la riqueza. Por lo que se refiere á los métodos, siempre fueron menores las contiendas en el campo de la economía que en las esferas de las demás ciencias: los enemigos de ésta ensalzan los positivos para rechazar los racionales; pero los que examinan el problema con ánimo sereno, aceptan, como posibles y necesarios,

el analítico, el sintético y el constructivo, y declaran que hay que tener en cuenta las enseñanzas de la historia, no prescindiendo jamás de los consejos de la filosofía. Las cuestiones relacionadas con los límites de la economía política, materia de apasionados combates entre los que quieren seguir el ejemplo de los fisiócratas, y los que pretenden estrechar las fronteras del campo de acción de esta ciencia, esas cuestiones pierden toda su importancia una vez determinado el objeto de la misma.

La economía política ha elaborado ese cuerpo de doctrina con los trabajos importantísimos debidos á las investigaciones de muchos economistas, realizadas durante el largo período de un siglo. Incurren, por lo tanto, proteccionistas y socialistas en la grave equivocación de pensar que esa ciencia, tal como se halla hoy formada, es un mero desarrollo del conjunto ó totalidad de las doctrinas de Adan Smith, el cual contribuyó poderosamente á la constitución de la misma, aportando, como elementos integrantes, principios esenciales, entre otros, el de la división del trabajo; pero no realizó toda la obra que se ha desenvuelto, posteriormente, con nuevos estudios.

Esta, como todas las ciencias, como todo lo humano, necesita realizar nuevas evoluciones, necesita progresar constantemente; pero, una vez constituido su cuerpo de doctrina, por modo definitivo y completo, todas esas evoluciones, todos esos progresos tienen que arrancar de la naturaleza propia y distintiva de la economía, de sus conceptos fundamentales. Puedo afirmar, con un economista ilustre de nuestra patria, que la obra de la economía hasta aquí realizada ha consistido en la exaltación de la personalidad y en la destrucción del régimen social antiguo, cuya base y fundamento era el Estado. Pues bien: la igualdad de derecho y el reconocimiento de todos aquellos que garantizan las cualidades

y propiedades esenciales de la naturaleza humana, son principios de que seguramente no reniega la época novísima; pero esta época, para que no queden sólo en pie, como ha dicho Remán, un gigante y millares de enanos, desea que en el seno de la libertad rijan é imperen, sobre la vida, los principios racionales propios de todos los órdenes sociales, imponiéndose á las conciencias por la fuerza de su verdad y el influjo de la acción social, no por la del Estado; y que éste, á la par que reconoce todos esos derechos, cuyo fin es la personalidad, cuando se trata de los individuos, haga lo propio cuando se trata de las personas sociales, y no se atribuya la facultad de intervenir en su régimen interior. En suma, la economía trabaja, en los momentos actuales, como dice ese mismo economista, para que espontánea y naturalmente se produzca un movimiento de organización, que, sin volver á los antiguos tiempos y sin abandonar el principio de libertad, ofrezca á la sociedad una constitución que responda á los dos elementos que vienen luchando perpetuamente en la historia: al elemento individual y al elemento social. Todos los economistas que no se extravían en radicalismos absurdos, proclaman, según afirma Sbarbaro, como solución de armonía, que arranca de la naturaleza humana, que se conforma con el carácter orgánico de la sociedad, la asociación libre, la cual, en cuanto es asociación, responde á ese elemento común y social, y en cuanto es libre, responde al elemento individual y propio. A estas tendencias, verdaderamente científicas, sostenidas por Dameth, por Minghetti, por Hanson, por Sbarbaro y por los mejores economistas de todos los países, dedica la ciencia especialísimos é importantes trabajos.

Ésa, pues, es la naturaleza de la economía política; éste su estado actual.

Constituída de un modo definitivo, merece el respeto de las gentes por la obra de civilización y progreso que ha realizado durante un siglo. Nació en época de vergonzoso absolutismo, y fué la primera de las ciencias que acudió á la lucha para defender la libertad. Ella rompió las trabas del régimen antiguo, y auxiliando la obra grandiosa de la religión, consagró los fueros de la augusta personalidad humana. La economía resolvió el problema social del siglo XVIII, problema de grandes negaciones, y, al calor de sus ideas, se realiza en el campo de los intereses materiales una revolución inmensa y esplendorosa, y poderosas energías, latentes antes y como dormidas en los oscuros limbos del espíritu general, despiertan y salen á la luz del día, engendrando grandes elementos de vida, orlando las fuerzas naturales, multiplicando las fuentes de producción y riqueza, y agrandando, sin límite ni medida, el poder de los hombres y de las naciones.

Debemos esperar con ánimo tranquilo á que resuelva esa muchedumbre implacable de problemas sociales que nos rodean, nos cercan y nos acosan. Completando su primer trabajo, ya glorioso, organizará la vida económica dentro de nuevas formas, teniendo siempre en cuenta las exigencias de la sociedad moderna, y, sobre todo, los categóricos mandatos de las leyes naturales.

No temáis que estorben esa marcha majestuosa sus enemigos: carecen de aliento y de energías para realizar semejante empresa. No miréis con recelo ni desconfianza á esas que se llaman reacciones económicas. Los adversarios de la economía están en tristísima decadencia. Sus mismos alardes de vida presentan, á los ojos del observador menos reflexivo, síntomas innegables de muerte, y sus exaltaciones periódicas son como las del moribundo que se agita en su lecho lanzando angustiosa

mirada hacia lo porvenir. Contemplad, por ejemplo, á los proteccionistas. En el terreno de los hechos nunca alcanzan la victoria. Durante un siglo, la libertad de comercio ha caminado, sin detenerse un solo instante, borrando dificultades y destruyendo obstáculos. En las regiones del pensamiento no han conseguido mayores frutos. De vez en cuando, atentos á las reclamaciones de la política económica, no á los consejos de la economía política, anuncian la reconquista de la perdida Jerusalén, y aprestan sus huestes para el combate; pero cuentan las derrotas por las batallas, y en cada jornada pierden un jirón de su bandera. El mismo libro de Federico List y los trabajos de Carey significaron una concesión., comparados con el sistema prohibicionista ó mercantil. La escasa literatura científica, formada por los discípulos del maestro alemán, pone de relieve nuevas abdicaciones, y á la hora presente, siempre que defienden los principios de su escuela, declaran explícitamente que el libre cambio constituye el ideal de la ciencia.

Noviembre 1888.

Este folleto se halla de venta en las principales librerías, al precio de **1,50 pesetas**. Para los pedidos dirigirse á D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, número 2, y á la librería de Gutenberg, Calle del Príncipe, núm. 14.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

MEMORIA leída en la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, en la sesión inaugural del curso de 1882 á 1883.

EL PROBLEMA DE LA EMIGRACIÓN, premiada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

EN PRENSA

EL SOCIALISMO